

## LA LOCURA EN LA HISTORIA AMERICANA

---

LA NEUROSIS DE MONTEAGUDO SEGUN UN PSIQUIATRA ARGENTINO

(Colaboración) (1)

---

Son terribles las pesquisas históricas que realizan los médicos. Van al examen de los hombres que fueron provistos de sus medios de diagnóstico y de sus elementos de investigación semiótica, y casi siempre personajes de relieve en lo pasado, se convierten en locos, degenerados y anormales.

Los grandes hechos históricos, las acciones heroicas, las obras extraordinarias aparecen a este examen como productos de la perturbación mental, más o menos aparente de sus autores.

Las grandes acciones de los Vallois, las orgías de Alejandro Borgia, la magnificencia de los Medicis, las crueldades y refinamientos de Catalina de Rusia y todas las salientes del proceso histórico, son, miradas al través del prisma psiquiátrico, como hechos anormales, como productos de la alienación mental, atenuada o manifiesta de los personajes que se ligan a ellos.

Tal vez en donde menos se ha extremado este método de examen psiquiátrico de los hechos históricos, es en América. Apesar de las figuras sombrías unas veces; dramáticas, otras; anormales siem-

---

(1) En la sección respectiva hallará el lector tres notas bibliográficas que perfilan la respetable figura intelectual de nuestro ilustre colaborador Peruano Dr. C. E. Paz Soldan. (N. de la D.).

pre, que constituyen lo principal de la galería biográfica americana, muy pocos son los que han penetrado en ella para estudiar estos personajes, representativos del caudillaje, de la anarquía y del modelamiento continental, con la ayuda de los métodos psiquiátricos.

Uno que otro ensayo, más bien que obra sería, es todo lo que puede exhibir a este respecto la biblioteca americana. Ocupando lugar prominente debemos sin embargo citar el nombre glorioso, de José María Ramos Mejía, el erudito y talentoso médico argentino ya desaparecido. Con menosprecio de la odiosidad que casi siempre atrae en estas sociedades huérfanas de cultura y embrionarias en tolerancia, esta manera de considerar hechos y personas —que al cariño familiar de los descendientes aparecen como intangibles— Ramos Mejía hizo comparecer a su gabinete psiquiátrico a los más encumbrados personajes de la historia argentina. Y en un libro justamente célebre, ha dejado sus opiniones expuestas sobre el asunto con elegancia de escritor y hondura de cientifista.

“Las neurosis de los hombres célebres” contienen en efecto datos no siempre bien interpretados, es verdad, pero altamente interesantes sobre los desequilibrios que presentaron en vida los héroes de la historia americana. Allí pasan el misántropo dictador Francia, el sombrío Rozas, el alcoholista fraile Aldao, el “paranoico” Brown, y el histérico Monteagudo.

El capítulo dedicado a este último presenta todavía una actualidad indiscutible, con ocasión de la traslación de los restos del prócer del panteón de Lima al de Buenos Aires. Esta actualidad explica las presentes breves líneas.

Implacable se mostró Ramos Mejía con Monteagudo. Se advina la poca simpatía que le inspirara. Recarga de intento los colores y se complace en introducir interpretaciones favorables al diagnóstico de histeria que en su opinión padecía el grande hombre.

Retrata a Monteagudo como un “sensitivo exquisito”, capaz de reaccionar con esa tumultuosidad propia a esta condición, que “encierra en su seno la larva de la histeria”.

La página que copiamos a continuación es demasiado elocuen-

te sobre los sentimientos que a Ramos Mejía inspiraba el mulato agitador de la Revolución americana.

“Monteagudo tenía todas las debilidades que encierra la fisiología del histerismo, escribe. Los sobresaltos, los caprichos increíbles, de su sensibilidad petulante y pervertida, han dado origen a todos esos actos irreflexivos y extravagantes, que, con apariencias vehementes de una intención culpable eran, sin embargo, el fruto de una perversión instintiva de las facultades morales. Su imaginación fácil y abundante, movible, vivaz como la chispa eléctrica; sus abatimientos femeniles y sus reacciones convulsivas tan características, fueron el producto del nerviosismo extremo en que vivía su cerebro, lleno de fantasmas grandiosos y terribles, esclavo de sus propias insurrecciones e incapaz de las altas concepciones que le han atribuido, como hombre de estado, pues éstas son el patrimonio exclusivo de cabezas equilibradas por el supremo y saludable reposo de una razón irreprochable y no de una histeria contumaz y bravía”.

“Sus ojos negros y centellantes, aquellos ojos histéricos, sombríos y a la vez llenos de luz, en donde estaban vaciadas todas las agitaciones secretas, revelaban en el brillo de su mirada especialísima y aguda la emoción incesante en que lo mantenían sus pasiones precoces y casi siempre imprudentes; aquel gesto dramático y pedantesco con que hablaba a las multitudes nerviosas de la Revolución, su vanidad teatral, su pueril engreimiento, resumen en dos o tres rasgos capitales, toda la sintomatología de su neurosis”.

“Monteagudo es el más acabado ejemplar masculino, agrega en otro párrafo Ramos Mejía, de ese nerviosismo femenil que constituye la enfermedad del siglo y que es el padecimiento inaudible de las naturalezas nerviosas y enjutas; de las mujeres bellas y quiméricas; de los hombres de letras absortos en el trabajo y la meditación abrumadora de todos los días”.

No se necesita más, para darse cuenta de los sentimientos que despierta el héroe en el narrador de sus hazañas. Lo restante del

trabajo está consagrado por entero a tamizar los actos más banales del prócer, al efecto de hacerlos concurrir a la demostración del diagnóstico psiquiátrico de su histeria.

Y sin embargo, apesar de las galas del estilo y de la brillantez del cuadro cincelado por el artífice, no resulta clara la demostración de los estigmas que le atribuye Ramos Mejía a Monteagudo. No hay que olvidar que durante las grandes conmociones sociales hay un clima eminentemente predisponente a las más insuspechables transformaciones mentales.

Hombres pacíficos y pensadores, en las horas angustiosas que preceden al nacimiento de los pueblos nuevos y que constituyen las grandes crisis históricas, sociales y políticas, aparecen como terribles carniceros. Ejemplos abundan en lo pasado, en las horas de las revoluciones y Gustavo Le Bon ha exhibido ejemplos típicos en la crítica psiquiátrica que ha hecho de la revolución francesa.

Hoy mismo al conjuro de la sangre derramada en el altar de las patrias, las hondas perturbaciones sociales de la post guerra comienzan a transformar las mentalidades de no pocos hombres, que han ascendido de la tumba anónima hasta el gobierno de sus países respectivos. El caos eslavo es una demostración elocuente de esta influencia de las conmociones colectivas en la conducta individual.

Y es que en todo sujeto, por normal que se conduzca, hay siempre en germen la neurosis. Violentas transformaciones del ambiente moral y mental son suficientes para desencadenarla, aún en tipos de la más acabada normalidad psicológica, pero incapaces de adaptarse con la premura indispensable a las cambiadas circunstancias que los rodean.

Y es esto lo que aconteció en las horas procelosas de la Revolución americana, diluvio de ideologías que cayó de improviso sobre la yerma extensión de un continente virgen de cultura. Las nuevas y violentas condiciones del ambiente social, totalmente distinto a las que predominaban durante la Colonia, contribuyeron a crear una atmósfera moral capaz de despertar todas las neurosis y los mis-

teriosos gérmenes espirituales de la locura, en el cerebro de los actores del gigantesco movimiento.

Y es este el caso de Monteagudo. Su ambición, que fué a no dudar la característica moral de su vida y el motor más potente para las determinaciones de su conducta, encontró en el ambiente mutado que la emancipación determinó, el elemento indispensable para conducido a través de las exaltaciones más insospechables hacia los linderos de la locura.

Ambición de poder y de mando; ambición de belleza; ambición de amor inextinguible y violento; ambición de inmortalidad; todas las ambiciones anidaron en su cerebro y ellas fueron las que impregnaron por completo la conducta del agitador de Chuquisaca, del polemista y panfletista del Plata, del omnipotente ministro del Perú, del institucionalista de Lima, del proscrito doctrinario de Guayaquil y del amante insatisfecho y pasional.

Tuvo la neurosis de la ambición. Y si el acero victimario de sus asesinos no hubiera detenido su triunfal carrera, su ambición lo hubiera llevado a confederar al Continente para poder asentar su nombre y su huella sobre el pedestal gigantesco de los Andes!

Veneremos sin embargo esta ambición, esta sed inextinguible de gloria, de poder, de dominación y de belleza. Ella fué la que labró sobre el bronce legendario de nuestra historia común, la figura inmortal de Bernardo de Monteagudo!

Lima 1918.

CARLOS ENRIQUE PAZ SOLDAN

(Director de «La Reforma Médica» de Lima)